
EL FUTURO DEL DESEO Y EL FUTURO DEL DESTINO

GERMÁN OCTAVIO LÓPEZ-RIQUELME

[Los humanos] son una mezcla interesante, capaces de los sueños más hermosos y de las más horribles pesadillas.
Carl Sagan, *Contacto*.

En la primera frase de su libro *El mundo, la carne y el demonio*, John D. Bernal afirmaba que existe una enorme incompatibilidad entre nuestros deseos humanos y el destino real: “Hay dos futuros, el futuro del deseo y el futuro del destino, y la razón humana no ha aprendido nunca a separarlos” nos dice Bernal como un implacable llamado de atención. En este ensayo abordaré la perenne separación y conflicto entre ambos futuros y cómo sucesos de la magnitud de la pandemia que vivimos, revelan qué tipo de presente es el actual respecto de nuestro futuro planeado en el pasado y qué futuro tendremos si no encontramos la forma de reconciliar deseos y destino.

Nuestro futuro siempre nos ha preocupado. Profetas, oráculos y videntes de todos los tiempos han tratado de visualizarlo como si estuviera ahí, esperándonos. Sus profecías siempre han sido sobre el futuro de las relaciones que los humanos tendremos unos con otros, sobre política, economía o sociedad. En sus visiones, el apocalipsis siempre inició con alguna catástrofe que desmoronaba los fundamentos morales de nuestra organización social. Tener un atisbo sobre el futuro puede proporcionarnos información privilegiada, útil para tomar decisiones políticas, económicas y sociales. De cualquier manera, siempre habrá sólo dos tipos de futuro, como creía Bernal. El futuro de nuestros deseos, por un lado, que surge de nuestras creencias construidas a partir de sesgos cognitivos ancestrales e ideologías que determinan nuestras interpretaciones y valoraciones en función de nuestra condición humana. Estos sesgos hacen que el futuro del deseo continúe siendo antropocéntrico, antropomórfico, tribal y local. Por otro lado, el futuro del destino es lo que inevitablemente sucederá sin importar nuestros deseos, ya que obedece a principios universales ciegos que dirigen el curso de los eventos en diferentes escalas de tiempo y espacio.

Laboratorio de Socioneurobiología, Centro de Investigación en Ciencias Cognitivas, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México. / german.lopez@uaem.mx

A pesar de que para la mayoría de las sociedades humanas la vida tribal jerárquica y de competencia con otras tribus ha quedado en el pasado, nuestros sesgos cognitivos heredados hacen que los asuntos más importantes para nosotros sigan siendo de orden jerárquico y tribal. Herederos de una larga historia de evolución sociocultural, nuestros cerebros y nuestra mente han sido moldeados tanto por los conflictos internos de grupo, como por los conflictos entre grupos, produciendo sofisticados, aunque prejuiciosos, cerebros sociales. Comportarse de acuerdo con estímulos sociales y hacer inferencias sobre el comportamiento de otros individuos en un ambiente altamente cooperativo y competitivo, son algunas de estas capacidades. Además, debido a la fuerte competencia entre grupos que nuestros antepasados sufrieron, la evolución favoreció el desarrollo de características socioculturales identitarias que promueven el comportamiento prosocial y moral al interior de los grupos, pero que, por lo tanto, implican la discriminación de individuos de otros grupos. Solidarios y egoístas, cooperadores y competitivos, en un eterno conflicto entre los intereses individuales y los de grupo, todos nuestros deseos se construyen en este ir y venir del individuo a la sociedad.

Atrapados cognitivamente en el nicho sociocultural, nuestro futuro lo visualizamos y lo planeamos de acuerdo con nuestra condición humana. Por ello, aunque sabemos que vivimos a merced de fenómenos cósmicos y geológicos en este punto azul en el vasto universo, el drama de nuestra vida sigue centrado en los conflictos entre los individuos de un grupo y entre naciones. Seguimos siendo antropocentristas locales: tenemos la creencia profunda de que somos las criaturas más significativas del universo. Continuamos interpretando al mundo en términos de nuestra existencia. A pesar de que estas creencias han sido fundamentales para nuestra sobrevivencia a lo largo de la evolución, ese pasado nos estorba en el presente y puede tener efectos en nuestro futuro, en tanto nos hace creer que el mundo es parte de nuestra sociedad y no que somos una ínfima parte del mundo. Este es el nivel de nuestros deseos: antropocéntricos, antropomórficos, llenos de nociones ideológicas de eternidad utópica.

Consideremos la pandemia de coronavirus que vivimos actualmente como un ejemplo de nuestro antropocentrismo ingenuo. La vemos como un molesto evento sociohistórico que interfiere e interrumpe nuestra vida, ya que, a pesar del poder científico y tecnológico que hemos alcanzado, las decisiones de Estado tomadas en torno a la pandemia han provocado que ésta se prolongue causando mayores efectos sociales, políticos y económicos. Todavía es muy pronto para determinar los efectos económicos, políticos, sociales, cognitivos, afectivos, emocionales, y demás de la pandemia. En lo económico, va a llevar a casi noventa millones de personas a la pobreza extrema en este 2021. En salud mental, ha provocado que aumente la prevalencia de depresión global hasta siete veces. En política, además de

los cambios en las agendas locales e internacionales, otros efectos relacionados con cómo los estados han respondido a la crisis, críticas a los sistemas políticos y al papel de la OMS y su liderazgo frente a la pandemia, la politización de la pandemia y los conflictos geopolíticos, se verán a mediano y largo plazo. En lo social, las difundidas creencias sobre la inexistencia de la pandemia y del propio virus, las teorías de complot, las rebeliones en contra de las vacunas, del confinamiento y del uso de cubrebocas, nos muestran nuestra visión antropocéntrica y supersticiosa de lo que en realidad es un fenómeno superior a nosotros. La lucha por el monopolio de las vacunas revela nuestra perspectiva tribal del problema, ya que, como se ha sugerido, si los países pobres no tienen acceso a las vacunas, el costo para los países ricos podría igualar al de los pobres. Esto muestra nuestra tendencia a interpretar los sucesos como parte de nuestros conflictos sociales, incorporándolos en nuestras narrativas nacionalistas.

¿Cómo podemos reconciliar los deseos humanos con el destino si pertenecen a mundos distintos?, se preguntaba Bernal. ¿Cómo podemos trascender nuestra condición humana y escapar de nuestro mundo cotidiano para determinar nuestro destino real? Carl Sagan afirmaba que, en medio de toda esta oscuridad, hay una luz que nos guía. Esa luz es la ciencia que, a través del análisis objetivo de los fenómenos, produce comprensión cada vez más profunda y detallada de nuestra propia naturaleza y del mundo. Ya que ni nuestros sentidos ni nuestro aparato cognitivo parecen adecuados para entender la realidad, los humanos hemos inventado una forma para conocer el mundo sin que nuestros sesgos cognitivos nos engañen: la ciencia, un poderoso sistema cultural colectivo que emplea la experimentación para validar modelos del mundo. Nuestro presente y futuro, el significado de nuestra vida, la construcción de nuestras sociedades, de lo que está bien y lo que está mal, todo ello dependerá de lo que creemos o sabemos que somos.

Por lo tanto, a pesar de la tragedia que representa la pandemia y del cuestionable manejo que la ha prolongado, somos afortunados porque contamos con un sólido aparato científico-tecnológico que ha ido gradualmente mejorando nuestra vida y el único que puede salvarnos. No obstante, cada avance científico y tecnológico que proporciona una nueva solución a un problema humano genera nuevos problemas tanto científicos y técnicos, como éticos y morales. Por ejemplo, aunque la conectividad a través de internet por medio de video nos ha permitido mantener contacto virtual con familiares y amigos, la falta de proximidad física, que involucra la emisión y percepción de señales no verbales importantes en la comunicación emocional (fundamental para establecer vínculos), puede tener efectos de mediano y largo plazo, pues genera estrés crónico, déficit inmunológico, neural y cognitivo.

Los seres humanos somos producto de la ciega evolución biológica sin propósito y sin predestinación. Sin duda, mientras más conozcamos al mundo y a nosotros mismos, tendremos más elementos para resolver todos los problemas de nuestra existencia y definir nuestro papel en él y nuestro destino. Confieso que, a pesar de las repetidas llamadas de alerta sobre una inminente pandemia, jamás imaginé vivir una experiencia como la actual, no obstante que, como científico, entiendo que estos eventos son inevitables. A ello debe agregarse la pérdida de ecosistemas y biodiversidad, la contaminación del suelo y el agua, la expansión de asentamientos humanos sobre ambientes naturales y del inevitable contacto con la vida silvestre que implica el riesgo de exposición a patógenos zoonóticos y las consecuentes enfermedades emergentes. Los “saltos” de patógenos animales a humanos son comunes. Considérese que un gran número de enfermedades virales humanas (SARS, ébola, gripe porcina, rabia, influenza, etc.), tienen su origen en diversas especies animales. Entender cómo evoluciona la virulencia de un virus, principalmente después de que ha “saltado” a una nueva especie, es de fundamental importancia no sólo para entender la biología de los virus, sino porque es clave para el manejo de brotes epidémicos. Además, debemos entender el proceso evolutivo del virus mientras se dispersa en la población humana, ya que, al mutar y evolucionar constantemente, se producen distintas cepas que variarán en su capacidad de contagio y virulencia, como ya está ocurriendo con el coronavirus SARS-CoV-2.

La crisis que vivimos no es un fenómeno histórico o una molesta interferencia del mundo natural en nuestras vidas, sino un importante suceso ecológico y evolutivo. Los parásitos constituyen poderosas fuerzas de selección que dirigen la evolución de los seres vivos, y los humanos no somos la excepción. Por tanto, nuestra meta no debe ser acabar con esta pandemia tan accidentadamente como se pueda, ya que no será la última ni la peor. Más crisis como esta vendrán en el futuro, con mayor impacto que la actual y con consecuencias más catastróficas para la historia de la especie humana.

Espero que la pandemia actual quede en un evento histórico humano como ha ocurrido con otras pandemias. Cuando inició, supuese que sabríamos contenerla. Sin embargo, por el manejo de la crisis en el mundo, la pandemia podría dejar de ser un suceso sociohistórico para convertirse en uno evolutivo capaz de cambiar el curso de la evolución de nuestra especie. Si entendemos con mayor profundidad al mundo y a nosotros como parte de él, tendremos la posibilidad de dar sentido y significado a nuestra existencia, no sólo, parafraseando a Huxley, como el producto de una evolución pasada y como parte de una evolución futura, sino de manera trascendental como forjadores de nuestro destino. Esta perspectiva puede guiar a los miembros de nuestra sociedad hacia la convivencia,

a la conciliación y a la integración global. En lugar de disminuir nuestros problemas con el desarrollo de nuestra sociedad, se nos presentarán cada vez mayores retos globales. Si queremos que el futuro de nuestros deseos sea lo más parecido al futuro del destino, y que sea uno grande y cósmico, cada vez tendremos que tomar menos decisiones nacionales, políticas, regionales y locales, y tomar, cada vez más, decisiones como especie.